

APROXIMACIÓN AL ESTILO DE DEMÓSTENES

ANTONIO LÓPEZ EIRE

Universidad de Salamanca

El rasgo más importante del estilo de Demóstenes es la «pronunciación» de sus discursos. Para confirmar este aserto disponemos no sólo de anécdotas de los antiguos, sino también de un gran número de claves en el propio texto de los discursos demosténicos que prueban su virtuosismo en manejar figuras tan difíciles como el hipérbaton, la hipófora o el paréntesis y en mezclar diferentes voces y tonos en el mismo pasaje de un discurso transformando así un discurso monológico en dialógico.

Demóstenes / estilo / pronunciación

The most interesting feature of Demosthenes style is the delivery of the speeches. This can be corroborated by the anecdotes of ancient authors and by a great number of clues in the same Demosthenic texts. These speeches demonstrate his virtuosity in the use of extremely difficult rhetorical figures such as hyperbaton, hypophora and parenthesis and the interminglement of diverse voices and tones in the same passage of a certain discourse, thus transforming a monological speech in a dialogical one.

Demosthenes / style / delivery

A mis queridos colegas de la Universidad Nacional del Sur

Contrariamente a lo que acontece en torno al juicio sobre la actuación política de Demóstenes, respecto del estilo ni los antiguos ni los modernos albergaron ni albergan hoy día duda alguna acerca de la inimitable excelencia del que fue realmente el mejor orador de Grecia y tal vez de todos los tiempos, especialmente en el área de la oratoria deliberativa, o sea la más estrictamente política de las tres especies de Oratoria (la judicial, la deliberativa y la epidíctica)¹.

En su estilo, efectivamente, se detectan las mejores virtudes de los más conspicuos estilistas de la prosa griega (la claridad de Lisias, la pompa de Isócrates, la variedad de Tucídides) depuradas y mutuamente compensadas, así como una bien medida combinación de espontánea

¹ Hacemos constar nuestro agradecimiento a la DGICYT (HUM2006-08794/FILO).

naturalidad y refinado arte que hace parecer totalmente instintivos, connaturales a su autor, automáticos y nada artificiales determinados rasgos estilísticos tan trabajados y estudiados, sin embargo, a decir verdad, como la muy frecuente evitación del hiato o la casi siempre lograda evitación de una secuencia de dos sílabas breves seguidas, una tendencia tan conspicua, tan clara, y a la vez tan estricta y tan frecuente que dio lugar a la "ley de Blass", que reza así: "La acumulación de más de dos sílabas breves se evita al máximo dentro de lo posible", "Anhäufung von mehr als zwei kurzen Silben möglichst vermieden wird"².

Estos resultados estilísticos observados en sus discursos e interpretados como el fruto de un denodado y muy tenaz esfuerzo casan muy bien con las noticias que los antiguos nos han transmitido sobre este eximio orador, al que nos presentan como un genio del arte de la elocuencia que se forjó a sí mismo a fuerza de luchar sin tregua contra las dificultades de su naturaleza, pues a la hora de aprender el arte de la elocuencia se encontraba en pésimas condiciones para ello, desfavorecido por defectos connaturales como la tartamudez (a causa de ella se le aplicaba el mote de "Bátalo"³) y la debilidad del cuerpo, de la voz y del carácter⁴, taras que no hubiera vencido, de no haber poseído al mismo tiempo una enorme capacidad de trabajo y una gran resistencia para hacer frente a todo esfuerzo y sufrimiento, así como una férrea fuerza de voluntad, indomable e inasequible al desaliento⁵.

Pero lo cierto es que, a fuerza de labores continuas animosamente sobrellevadas, logró vencer sus dificultades naturales⁶ y llegó a ser de hecho—ahí están sus discursos para demostrarlo— el mejor con mucho de entre todos los oradores griegos que configuran el *Canon* de los cultivadores de la elocuencia ática.

Ahora bien, para poder apreciar plenamente la brillantez del estilo de Demóstenes, hay que olvidarse un tanto del mero nivel de la *léxis* o estilo de la dicción resultante de la elección y combinación de las palabras, para procurar llegar al nivel definitivo de la *pronunciación* (*pronuntiatio*), en griego, *ὑπόκρισις*, que es el correspondiente al momento culminante, decisivo y supremo de la ejecución de un discurso, en que el orador se juega el todo

² F. Blass, *Die attische Beredsamkeit* ³, III, 105, Leipzig 1893, reimpr., Hildesheim, Georg Olms Verlagsbuchhandlung, 1962.

³ Aeschin. I, 126 y 131; D. XVIII, 180.

⁴ Plu. Dem. VI, 4. *προδίδωσιν ὑπ' ἀτολμίας καὶ μαλακίας ἑαυτῶν, οὔτε τοὺς ὄχλους ὑφ' ἐστάμενος εἰθαρσιως* "se traiciona a sí mismo a causa de su falta de coraje y su blandenguería, pues ni se encaraba a las masas con arrojío".

⁵ A. López Eire, *Demóstenes. Discursos Políticos I*, Madrid, Gredos, 1980. *Demóstenes. Las Filipicas. Sobre la corona*, Madrid, Cátedra, 1998, 10 ss.

⁶ Plu. Dem. VIII, 2 *ἀλλ' ἐκ πόνου συγκεκμημένη δεινότητι καὶ δυνάμει χράμενος*, "sino que se valía de una habilidad y una fuerza acumuladas a base de trabajo".

por el todo, pues entonces o triunfa o fracasa, y del que, desde luego, sólo podemos obtener algunas conjeturales apreciaciones derivadas de la atenta observación de los textos de la oratoria demosténica que han llegado a nosotros.

Cinco son las labores que ha de llevar a cabo el orador: la "invención", la "disposición", la "dicción", la "memoria" (o "memorización") y la "pronunciación"⁷.

La "invención" es la búsqueda y el hallazgo del material semántico extensional, aún actuando como referente de realidades exteriores; la "disposición" consiste en convertir el material semántico extensional en intensional, referido ya a la trama argumental del discurso, a través de "macroestructuras", que son frases que vinculan a grupos de frases o periodos enteros del texto del discurso; la "dicción" es ya la operación por la que se rellenan las "macroestructuras" con elementos "microestructurales" de la segunda articulación, como el sintagma, el lexema, el fonema; la "memoria", o –mejor dicho– "memorización", es el aprendizaje memorístico del texto con el fin de pronunciarlo luego sin papel de por medio, para que así no se interrumpa el elocuente flujo mágico que emana del emisor (el orador) y llega a los oídos, la vista y los órganos de procesamiento del receptor (el oyente); y la "pronunciación" es la realización material del discurso en un verdadero y real "acto de habla" (*speech act*) retórico pertrechado de elementos lingüísticos (las palabras), paralingüísticos (la entonación) y extralingüísticos (los gestos).

Dionisio de Halicarnaso nos previene inteligentemente de la necesidad de interpretar a Demóstenes debidamente, de recitar sus discursos en voz alta a la manera precisa en que él había decidido hacerlo, antes de emitir un solo juicio sobre tan colosal orador:

ὥστε τοὺς ἀναγινώσκοντας τὸν ῥήτορα τοῦτον ἐπιμελῶς χρῆ παρατηρεῖν, ἵνα τοῦτον ἕκαστα λέγηται τὸν τρόπον, ἧ ἐκεῖνος ἐβούλετο. "de manera que los que leen a ese orador es preciso que pongan diligencia y cuidado para que cada cosa se diga de la manera en que aquél quería"⁸.

οὐ δύναται ταῦτα ἐνὶ τόνῳ καὶ μιᾷ μορφῇ φωνῆς λέγεσθαι.

"esas cosas no se pueden decir en un solo tono y con una única modulación de voz"⁹.

Tiene razón, sin ninguna duda, el gran crítico literario.

⁷ Cf. T. Albaladejo Mayordomo, *Retórica*, Madrid, Síntesis, 1989.

⁸ D. H. *Dem.* LIII, 5.

⁹ D. H. *Dem.* LIV, 5.

También nosotros consideramos que donde hay que valorar y admirar la grandeza y excelsitud del estilo de los discursos políticos de Demóstenes es en el conjetural para nosotros pero para él decisivo momento de la "pronunciación", que debemos imaginar con la mayor verosimilitud posible basándonos en los pocos o a veces no tan pocos datos indiscutibles que nos proporcione el texto. Ésa es parte de la labor del filólogo.

En el fondo, este planteamiento metodológico que hacemos responde al hecho cada vez más claro de que sobre la Estilística tradicional basada en la Lingüística de la lengua se impone día a día con mayor fuerza una nueva Estilística basada en esa moderna Lingüística del habla que es la Lingüística Pragmática (la que concibe que "hablar es hacer"), de la misma manera que ya en la misma Antigüedad sobre el arte de hablar correctamente (*ars recte loquendi*), que era la Gramática, terminaba por imponerse siempre a la postre y a la hora de la verdad ese arte consistente en hablar en público para modificar actitudes y conductas que era la Retórica (*ars bene dicendi*).

El niño griego y el romano experimentaban probablemente desconcertantes sorpresas cuando el profesor de retórica, el *rétor*, les aconsejaba violar descaradamente y sin temor las reglas que con esfuerzo habían aprendido en las lecciones del *gramático*, para convertir, así, en virtudes de la Retórica lo que eran vicios de la Gramática y tolerar, por ejemplo, el hipérbaton en el discurso persuasivo del orador y en la dicción enhechizadora del poeta. Entonces era cuando los estudiantes, que estaban a punto de pasar de la niñez a la adolescencia, aprendían la inolvidable lección de que una cosa es el habla ideal, tan irreprochable y sin tacha, y otra distinta el habla real con la que hablamos y obramos buscando producir un efecto sobre nuestros oyentes, o, mejor todavía, con la que – sencillamente– operamos conscientemente al pronunciar un discurso ("acto de habla" retórico) o al recitar un poema ("acto de habla" poético).

Pues bien, en las páginas que siguen hemos de ver cómo en los discursos políticos de Demóstenes hay huellas claras de que su autor los compuso para lucirse con ellos en el momento culminante de su realización a través de la "pronunciación". Esto es algo que ya alcanzó a entrever el indiscutible maestro de todos nosotros F. Blass, a quien los discursos demosténicos le parecían haber sido compuestos para alcanzar objetivos prácticos a través de su declamación, o, por decirlo con sus propias palabras, "para mediante la ejecución de estas composiciones artísticas alcanzar éxitos prácticos".¹⁰

Sólo un necio habla por hablar, y un orador que no intente persuadir al auditorio con sus discursos retóricos no sólo no merece figurar en el

¹⁰ F. Blass, *Die attische Beredsamkeit* ¹, III, 75, "um durch den Vortrag dieser kunstvollen Compositionen die praktischen Erfolge zu erreichen".

Canon de los oradores, sino ni siquiera ser llamado "orador". Demóstenes, el más eximio de los oradores griegos del *Canon*, aprovechaba todos los recursos a su alcance para ganar la voluntad y la aprobación de sus oyentes.

De entrada, es bastante claro que nuestro orador confiaba al tono de su voz, a sus miradas y sus gestos funciones que le permitían prescindir de elementos gramaticales que en el momento de la pronunciación de sus discursos, dentro del estrechísimo contexto que configuraban el orador y sus oyentes, resultarían innecesarios y expletivos.

Por ejemplo: en el pasaje que a continuación citamos falta la indicación precisa del pronombre personal de segunda persona de plural "vosotros" (*ύμας*), en acusativo, que concierne con los participios y es el sujeto implícito de los infinitivos que en el texto aparecen:

μαρρία καὶ κακία τὰ τοιαῦτ' ἐλπίζειν, καὶ κακῶς βουλευομένους καὶ μηδὲν ὧν προσήκει ποιεῖν ἐθέλοντας, ἀλλὰ τῶν ὑπὲρ τῶν ἐχθρῶν λεγόντων ἀκροωμένους, τηλικαύτην ἠγεῖσθαι πόλιν οἰκεῖν τό μέγεθος ὥστε μηδὲν, μηδ' ἂν ὀποῦν ἦ, δεινὸν πείσεσθαι.

"es una locura y una cobardía concebir tales esperanzas y deliberando mal y no estando dispuestos a hacer nada de lo que conviene, sino prestando oído a los que hablan en favor de los enemigos, considerar que se habita una ciudad tan considerable en su grandeza que ninguna cosa terrible, sea la que sea, se habrá de sufrir¹¹".

Yo pregunto: ¿quiénes? Y no encuentro respuesta explícita pero sí implícita en el contexto, en ese contexto originado por una muy apretada y concentrada situación de comunicación en la que el hablante (Demóstenes) dirige miradas intensas y gestos evidentes a los destinatarios de sus palabras, a sus indefectibles oyentes: "vosotros", *ύμας*.

Ahora bien, esta ausencia de indicación de referente para aludir al oyente revela una situación de comunicación en la que emisor y receptor están tan estrechamente ligados el uno al otro mediante el contexto en el que se realiza el acto de habla, que no hace falta que el orador se refiera expresa y explícitamente al oyente porque está sobreentendido, y este hecho presupone, sin duda, una especial atención por parte del orador a la ejecución de su discurso, a su "pronunciación".

Imaginemos que yo quiero reclamar a un colega un bolígrafo que le he prestado y él tarda en devolverme (situación bastante frecuente). Puedo decirle: 1. "Devuélveme tú, oh dilecto colega, el bolígrafo que te acabo de prestar" o 2. "¡El bolígrafo!".

Ahora bien, para llevar a cabo la opción 2., necesito mirar fijamente y con gesto adusto a mi interlocutor y tenderle la mano con la palma hacia

¹¹ D. IX, 67.

arriba en plan de recoger con ella el bolígrafo que espero (¡con los colegas nunca se sabe!) me devuelva.

Pues bien, en los discursos demosténicos, sobre todo en *Los Olintíacos*, *Las Filípicas* y el *Sobre la corona*, son frecuentes los pasajes en los que el orador da la impresión de haber encomendado a factores paralingüísticos y extralingüísticos, como las variaciones tonales, los gestos y los accionados, la claridad total del texto pronunciado, su total ausencia de ambigüedad o equívoco.

Veamos otro ejemplo:

ἐπειτ' ἐνθυμητέον καὶ παρ' ἄλλων ἀκούουσι καὶ τοῖς εἰδόσιν αὐτοῖς ἀναμιμησκομένοις, ἤλικην ποτ' ἐχόντων δύναμιν Λακεδαιμονίων. ἔξ οὗ χρόνος οὐ πολὺς, ὡς καλῶς καὶ προσηκόντως οὐδὲν ἀνάξιον ὑμεῖς ἐπράξατε τῆς πόλεως, ἀλλ' ὑπεμείναθ' ὑπὲρ τῶν δικαίων τὸν πρὸς ἐκείνους πόλεμον.

"luego ha de considerarse por parte tanto de quienes lo oyen contar a otros como por la de quienes lo saben y recuerdan por sí mismos, qué gran fuerza tenían antaño los lacedemonios (de lo que no hace mucho tiempo) y sin embargo con cuánto honor y pertinencia nada indigno de la ciudad llevasteis a cabo vosotros, antes bien, soportasteis en favor de los justos principios la guerra contra aquéllos"¹²

Hay que reconocer que en este pasaje tardamos en encontrar el deseado pronombre *vosotros* (*ὑμεῖς*) que aclara definitivamente, en el nivel del texto leído en clase por nosotros para reconstruir su *estilo* o *dicción* (*λέξις*), quiénes son en realidad *quienes lo oyen contar a otros* (*παρ' ἄλλων ἀκούουσι*) y *quienes lo saben y recuerdan por sí mismos* (*τοῖς εἰδόσιν αὐτοῖς ἀναμιμησκομένοις*). Pero en el nivel de la "pronunciación" (*pronuntiatio*) desde el primer momento estaba claro a quiénes se refería el orador, de manera que lo que los oyentes entendían decir a Demóstenes era esto:

"luego habéis de considerar tanto quienes lo oís contar a otros como quienes lo sabéis y recordáis por vosotros mismos, qué gran fuerza tenían antaño los lacedemonios (de lo que no hace mucho tiempo) y sin embargo con cuánto honor y pertinencia nada indigno de la ciudad llevasteis a cabo vosotros, antes bien, soportasteis en favor de los justos principios la guerra contra aquéllos".

Sin embargo, en puro análisis gramatical del texto, *ἐνθυμητέον* es una forma impersonal y el dativo agente *ὑμῖν* no está en el texto, mal que nos pese. Y, fuera de contexto, los sintagmas *παρ' ἄλλων ἀκούουσι καὶ τοῖς εἰδόσιν*

¹² D. IV, 3.

αὐτοῖς ἀναμιμνησκομένοις no hay más remedio que traducirlos así: "por parte tanto de quienes lo oyen contar a otros como por la de quienes lo saben y recuerdan por sí mismos". Pero el gran orador que era el Peanio, creciéndose en el decisivo momento de la "pronunciación" de su discurso, con la mirada clavada en sus oyentes, su brazo dirigido inequívocamente a ellos y su voz caldeada y modulada con el tono del que reprende y exhorta a sus conciudadanos que le escuchan, transformaba la gramática en retórica, el lenguaje en acción, la lengua en "acto de habla" y lo que realmente decía en lo que realmente quería decir.

A Demóstenes, por tanto, hay que descubrirle su verdadera grandeza de orador en la fase de la *pronunciación* y no contentarse con señalar sobre el papel las rítmicas secuencias silábicas que descubrimos en sus discursos, maravillosas secuencias en las que no se registran generalmente ni el hiato embarazoso y difícil de pronunciar ni la malsonante acumulación de más de dos sílabas breves seguidas.

Tampoco es de recibo ni en absoluto útil ni tan siquiera basta para apreciar la grandeza del rétor de Peania limitarse a hacer un elenco de las ristas de figuras retóricas conectadas unas a otras o combinadas variadamente con numerosísimas expresiones coloquiales, porque su excelencia como orador no se funda en esas características, que no son, por otra parte, suyas en exclusiva.

Creo, más bien, que todo lo anterior, la eurritmia, la torrentera o cascada de imágenes y figuras, el entremezclamiento del lenguaje figurado con el coloquial, la superación, a la vez, del estilo sobrio y contenido de Lisias y del puntilloso y rigurosamente exacto de Isócrates, son hechos que se explican desde el desvelo de nuestro orador por la "pronunciación", por esa fase decisiva de la realización del discurso en un momento irrepetible y mágico, por llevar a cabo con virtuosismo de orador consumado una "acción interpretativa o teatral" (*ὑπόκρισις*) que tan presente tuvo siempre nuestro Demóstenes, ese estupendo maestro de elocuencia que no buscó tanto la pureza y la finura de la expresión como el efecto retórico sobre sus oyentes en el momento mismo de la ejecución de su muy elaborado y estudiado discurso.

Sólo así se explican, en mi modesta opinión, dos rasgos típicos y bien conocidos del estilo demosténico, a saber:

En primer lugar, que emplee con mucho mayor frecuencia que ningún otro orador esas expresiones tan manidas, y a primera vista, gastadas a fuerza de su constante uso en la lengua familiar, como la interjección *εἶε*¹³,

¹³ D. IV, 22; XIX, 6; XIX, 20; XIX, 23; XIX, 75; XXII, 14, etc.

la alocución ὦ τᾶν¹⁴, el juramento ἰὴ Δία¹⁵, el sintagma ὁ δεῖνα, "fulano"¹⁶, etc.

No me cabe la menor duda, sin embargo, de que todas esas expresiones tan vulgares y comunes en apariencia (y en realidad) no son, en la apreciación de nuestro orador, sino resortes para la puesta en escena de una "pronunciación" o ejecución teatral de un discurso captador de voluntades y por ello lleno de viveza, efectismo y teatralidad.

Y, en segundo término, el hecho de que nuestro orador haga uso de parejas de cuasisinónimos del tipo de ἴν' ἴδητε καὶ θεάσθηθε, "para que veáis y contempléis"¹⁷; ἐνθυμηθῆναι καὶ λογίσασθαι, "reflexionar y echarse cuentas"¹⁸, o de la doble y reiterativa expresión de un mismo pensamiento (por ejemplo, ἐκεῖνος ἐκδέχεται τὴν αἰτίαν καὶ φησιν αὐτὸς αἴτιος εἶναι, "aquél admite su culpabilidad y afirma que él en persona es culpable"¹⁹; εἰ μὲν οὖν ἔξεστι εἰρήνην ἄγειν τῇ πόλει καὶ ἐφ' ἡμῖν ἐστι τοῦτο, "pues bien, si es posible a la ciudad mantenerse en paz y eso está en nuestras manos"²⁰), o bien de las llamadas "expresiones polares" ο σχῆμα κατ' ἄρσιν καὶ θέσιν (ejemplos: ἐπ' ἐμοῦ γάρ, οὐ πάλαι, "pues, en mis tiempos, no hace tanto tiempo"²¹; ἐρῶ καὶ οὐκ ἀποκρύβομαι, "lo diré y no lo ocultaré"²²; παρά γάρ τοῖς Ἕλλησιν, οὐ τισίν, ἀλλ' ἅπασιν, "pues entre los griegos, no algunos de ellos, sino todos juntamente"²³; οὐκέτι κοιῆ μετὰ τῶν ἄλλων, ἀλλὰ ἰδίᾳ καθ' αὐτόν, "ya no en común con los demás, sino en privado y personalmente"²⁴), que no son, ni las unas ni las otras, en modo alguno ni un defecto estilístico ni un vano pleonasma, sino el resultado de una estrategia muy meditada y practicada sólo explicable y justificable en el ámbito de la palabra hablada, a la hora de "teatralizar" un discurso, es decir, de "pronunciarlo" según el arte de la retórica.

Todas estas amplificaciones, pleonasmos y expresiones polares no son sino diferentes tipos de recurrencia semántica especialmente frecuentes en la poesía recitada en general y en la *léxis*, o estilo de las partes habladas, de

¹⁴ D. I, 26, III, 29; XVIII, 312; XXV, 78, etc.

¹⁵ D. IV, 10; VIII, 17; VIII, 51; IX, 70; XVIII, 117; XIX, 222; XXI, 149; XXI, 222, etc. Cf. J. M. Labiano Ilundain, "Griego *εἶέν*. Sobre un uso concreto y su distribución", J. M. Labiano Ilundain-A. López Eire-A. M. Seoane Pardo (eds.), *Retórica, Política e Ideología. Desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Salamanca, I, 15-24.

¹⁶ D. II, 31; III, 35; IV, 19; IV, 43; IV, 46; VI, 33, XX, 104, etc.

¹⁷ D. IV, 3.

¹⁸ D. I, 21.

¹⁹ D. XIX, 37.

²⁰ D. IX, 8.

²¹ D. III, 2.

²² D. VI, 31.

²³ D. XVIII, 61.

²⁴ D. XVIII, 33.

la tragedia, en particular, y no pretenden sino encandilar al oyente y convertirle en embaucado y rendido admirador de las hermosas hechuras lingüísticas que percibe.

Se trata, en realidad, de estrategias que, por un lado, son propias de la poesía, que es más afecta a la recurrencia y a la consecución de una muy marcada unidad que la prosa, y, por otro, son típicas de aquella especie de oratoria política agonal o combativa (*ἐναγώνιος*)²⁵ que, como la de Demóstenes, debe no poco a la recitación de tiradas de versos de las tragedias (pues nuestro autor educaba su dicción con ellas²⁶), cifra su éxito en la "pronunciación" o "ejecución teatral" (*ὑπόκρισις*), y además aspira a subrayar a voluntad y deliberadamente ciertos conceptos y a demorarse placenteramente en su exposición poética (por ejemplo: *ταύτην φυλάττετε, ταύτης ἀντέχεσθε· ἂν ταύτην σῶζετε, οὐδὲν μὴ δεινὸν πάθητε*, "guardadla (sc. la desconfianza), cogeos bien cogidos a ella; si la conserváis, nada terrible sufriréis"²⁷). A nuestro orador en el último ejemplo se le va la mano en su pretensión de convertir en "lenguaje literal", o sea, poético, la expresión de un pensamiento almidonado con las figuras de la anáfora y el poliptoton.

Hay, efectivamente, en los discursos demosténicos ciertos rasgos que, incluso desde lejos, nos sugieren la proximidad, la cercanía y hasta la interacción de la retórica de las piezas de oratoria deliberativa que pronunciaba nuestro orador y la poética de las tragedias con las que demóstenes, cuando era todavía un orador en ciernes, se ejercitaba.

Por ejemplo, en sus discursos políticos se observa que al final de colon la ley de la "evitación del hiato" (la *Hiatusgesetz* de Blass) se cumple con mucho menos rigor que en otros lugares, de la misma manera que en la parte recitada del drama (de la tragedia) los finales de verso son mucho más tolerantes con el hiato que los comienzos²⁸.

En ambos casos (en la tragedia y en la oratoria), las recurrencias semánticas y las estrategias rítmicas se explican y justifican mejor y son más admisibles que en otros géneros literarios, pues son de por sí ciertamente más propias y peculiares de la oralidad y la literatura recitada que de la escritura y la literatura leída, de la recitación de la pomposa y

²⁵ D. H. *Dem.* LIII, 3.

²⁶ *Plu. Dem.* VII, 2 *ἐγὼ τὸ αἴτιον ἴσομαι ταχέως, ἂν μοι τῶν Εὐριπίδου τινὰ ῥήσεων ἢ Σοφοκλέους ἐβελήσης εἶπειν ἀπὸ στόματος*, "pero yo (sc. Sático) curaré rápidamente la causa de esos males, si estás dispuesto a recitarme de memoria algún pasaje narrativo de Eurípides o Sófocles".

²⁷ D. VI, 24.

²⁸ F. Blass, *Die attische Beredsamkeit*², III, 101 "gestattete sich vor allem jeglichen Hiatus am Ende des Kolons, gleichwie im Dialog der Tragiker und Komiker das Ende des Verses für den Hiatus Entschuldigung gibt".

solemne (σεμνή) dicción trágica de la *léxis* y de la pronunciación de un discurso provisto –como los políticos de Demóstenes– de "colorido moral, tono emocional y acento combativo"²⁹ que de los tratados didácticos y los discursos compuestos para ser leídos o escuchados según la lectura de otros, y que, por tanto, en virtud de su propia naturaleza y su finalidad aspiran sobre todo y más que nada a la claridad (σαφήνεια), sin hacer concesiones a la habilidad del lector que los interprete.

Lo mejor del estilo de Demóstenes es, pues, el resultado de la atención esmerada que prestó a la pronunciación de sus discursos, es decir: a su discurso en acto, al "acto de habla" (*speech act*) que era su discurso, a su discurso concebido como arma de la persuasión de sus oyentes conciudadanos.

Su perfección absoluta y su indiscutible superioridad estilística en la oratoria griega consisten en que ningún otro orador del *Canon* acertó a componer discursos tan expresamente pensados para la pronunciación, tan habilidosamente contruidos para el lucimiento del orador en ese culminante y crítico momento de la actualización de su elocuencia.

Los antiguos cuentan una famosa y muy caracterizadora anécdota del quehacer oratorio de nuestro orador: Preguntado sobre qué era en su opinión lo más importante para ser un buen orador, él había respondido que, en primer lugar, la "pronunciación", en segundo lugar, la "pronunciación" y, en tercer lugar, la "pronunciación"³⁰.

Es más; refiere Cicerón en el *De oratore*, que en una ocasión en que los rodios se quedaron admirados y embelesados tras la lectura que les hizo Esquines del discurso *Sobre la corona* de su rival Demóstenes, el orador les dijo: "Más os admiraríais, si se lo hubierais escuchado a él en persona"³¹.

A Demóstenes, durante la trabajosa y ardua fase de su formación, el distinguido y famoso actor Sátiro, que era conocido suyo, le hizo ver cómo de una buena recitación de un pasaje narrativo de Sófocles o de Eurípides, acomodada al carácter del personaje y a las circunstancias de la acción, dependía el éxito de una representación dramática.

²⁹ D. H. *Dem.* LVIII, 2 *του παθητικῆν τε καὶ ἠθικῆν καὶ ἐναργίου ποιεῖν τῆν λέξιν*, "(sc. el orador debe aspirar) a dotar a su estilo de colorido moral, tono emocional y acento combativo".

³⁰ Cic. *De orat.* III, 56 *huic primas dedisse Demosthenes dicitur, cum rogaretur quid in dicendo esset primum, huic secundas, huic tertias*; "a ésta (sc. la "pronunciación") se dice que Demóstenes, preguntado sobre qué era lo primero en oratoria, le otorgó el primer puesto, a ésta (sc. la "pronunciación") el segundo, a ésta (sc. la "pronunciación") el tercero". [Plu.] *Mor.* 845 B.

³¹ Cic. *De orat.* III, 56 *magis miraremini, si audissetis ipsum*. Cf., asimismo, Plin. *Epist.* II, 3, 10, y Quint. XI, 3, 7.

Nuestro orador tomó, sin duda, buena nota de esa lección apuntalada por la práctica (pues el mismo fragmento declamado por el actor parecía otro distinto del que él mismo acababa de recitar) para aplicarla, a partir de aquel momento, a pies juntillas a la declamación de sus discursos³².

Hasta tal punto quedó convencido de cuán grande es el ornato y de qué decisiva es la gracia que presta a un discurso su esmerada "pronunciación", su acertada "ejecución teatral", su afortunada *hypókrisis*³³.

Muchas anécdotas acerca de los afanes y trabajos que nuestro orador se impuso y de las penalidades y padecimientos por los que pasó³⁴ con el fin de mejorar su dicción confirman su interés por la "pronunciación", por la ejecución esmerada y bien planificada de sus discursos.

Se hizo construir una cámara subterránea a la que cada día bajaba para realizar en ella ejercicios de voz y de ejecución retórica³⁵. La importancia que Demóstenes concedió a la "pronunciación" de un discurso retórico ha dado lugar a un gran número de anécdotas.

Contaba Demetrio Falereo³⁶ (orador, poeta, filósofo y estadista, gobernador que fue de Atenas en representación de Casandro entre los años 317-307 a. J. C.) que le había oído referir al propio Demóstenes, ya viejo, cómo, para practicar una correcta articulación, recitaba textos, habiéndose introducido previamente guijarros en la boca³⁷, y asimismo cómo, para incrementar la intensidad de su voz y controlar satisfactoriamente la respiración, recitaba pasajes de prosa y verso sin darse pausa para el resuello, o mientras, jadeando, iba corriendo o ascendía por las pendientes de las colinas.

Es más, nuestro orador llegó a pagar hasta mil dracmas –así constata el actor Neoptólemo para que le enseñara a recitar párrafos enteros sin respirar³⁸. Todo sea por alcanzar la excelencia a la hora de llevar a cabo la "pronunciación" de un discurso.

³² Plu. *Dem.* VII, 1-3 *ἐκάστης ἡμέρας κατιόντα πλάττειν τὴν ὑπόκρισιν καὶ διαποιεῖν τὴν φωνήν*, "bajando cada día modelaba su ejecución oratoria y ejercitaba su voz". [Plu.] *Mor.* 844 E.

³³ Plu. *Dem.* VII, 2 *πεισθέντα δ' ὅσον ἐκ τῆς ὑποκρίσεως τῷ λόγῳ κόσμου καὶ χάριτος πρόσεστι*, "y persuadido de cuánto ornato y gracia le vienen añadidos al discurso procedentes de la pronunciación".

³⁴ Plu. *Dem.* VII, 1 *φιλοπονιάτατος ὢν τῶν λεγόντων*, "siendo el más laborioso de los oradores".

³⁵ Plu. *Dem.* VII, 3

³⁶ Plu. *Dem.* VII, 2.

³⁷ Plu. *Dem.* XI, 1 *εἰς τὸ στόμα ψήφους λαμβάνοντα*, "tomando guijarros e introduciéndoselos en la boca".

³⁸ [Plu.] *Mor.* 844 F *Νεοπτολέμῳ τῷ ὑποκριτῇ μυρίας δοῦναι, ἵν' ὅλας περιόδους ἀπνευστῶς λέγῃ*, "a Neoptólemo el actor le dió mil dracmas para llegar a ser capaz de recitar párrafos enteros sin respirar".

Se nos relata asimismo que nuestro orador recitaba pasajes aprendidos de memoria enfrentándose al estruendo del rompiente del mar en Falero, con el fin de intentar fortalecer su voz hasta el punto de sobrepajar el fragor del oleaje marino y por ende el de los habituales y frecuentes tumultos, voceríos, abucheos y alborotos que tenían lugar en la Asamblea ateniense, en la *Ekklesia*.

Se servía de un espejo en el que observaba atentamente y hasta escudriñaba sus posibles defectos en la gesticulación, con el fin de que ni siquiera faltase a la ejecución de sus discursos el más exquisito cuidado de la mímica, que comprende la gesticulación o movimiento de las facciones de la cara y el accionado o movimiento de las manos.

Ahora bien, el dominio de la "pronunciación" o "acción" (*pronuntiatio, actio*), es decir, de la ejecución cabal del discurso, es la suprema aspiración del arte retórica, el apogeo de la oratoria.

"La acción domina, ella sola, en la oratoria; sin ella el más excelso orador no puede ocupar ningún puesto en la lista, mientras que uno mediocre formado en ella puede con frecuencia sobrepajar a los más excelentes"³⁹. Así lo dice Cicerón, que en esta materia es una autoridad indudable.

Así pues, no hay duda al respecto. Demóstenes es el mejor de los oradores griegos porque, a la hora de componer un discurso, se planteó la tarea de escribir y memorizar un texto para la "pronunciación", para realizar con él, en el momento decisivo y más importante de un discurso, como lo es el de la pronunciación⁴⁰, un "acto de habla" retórico plenamente afortunado. Todavía hoy en día es lo que suele hacerse, sin que se haya encontrado mejor receta.

Con este criterio, naturalmente, no casan ni el respeto a rígidas reglas gramaticales ni la entrega servil al estilo de ninguno de los oradores que le precedieron ni la estricta observancia e indefectible cumplimiento de la "ley de la evitación del hiato" o de la que impide "la acumulación de sílabas breves" ni tan siquiera la rendida obediencia a pies juntillas a las exigencias y limitaciones estrictas que venían imponiendo tradicionalmente los géneros de la Oratoria.

Y así resulta que nuestro orador es a la vez regular y previsible a la manera isocratea e irregular y sorprendente al modo tucidideo, y nos proporciona, en un mismo discurso, tan abundantes ejemplos de frases y períodos cortos al estilo lisiaco como de frases y períodos dilatados al estilo

³⁹ Cic. *De orat.* III, 56 *actio...in dicendo una dominatur: sine hac summus orator esse in numero nullo potest, mediocris hac instructus summos saepe superare.*

⁴⁰ Quint. XI, 3, 7 *Et M. Cicero unam in dicendo actionem dominari putat, "también Marco Cicerón considera que la acción domina, ella sola, en la oratoria"*.

isocrateo, y asimismo tantos ejemplos de períodos paradigmáticos de oratoria deliberativa como de oratoria epidíctica.

Recuerdo haber leído, en esa estupenda obra de crítica literaria que es el tratado *Sobre lo sublime* (*Peri hypsous*)⁴¹, un encendido elogio a esos casos de fuerte hipérbaton de ciertos pasajes demosténicos, en los que nuestro orador empieza dando vueltas y revueltas al hilo de su exposición y va poco a poco transmitiendo al oyente la impresión de que se va a olvidar del pensamiento inicial, que va quedando cada vez más lejano, con lo que infunde en el auditorio cierto temor angustioso y le contagia de responsabilidad, pero de repente, en un vertiginoso e inesperado giro, paga su deuda a la coherencia del pasaje repitiendo a propósito la palabra deseada y ya casi olvidada y así vuelve a los comienzos de su exposición, dejando a los oyentes admirados y suspensos ante su fácil victoria final sobre el riesgo que suponía el carácter resbaladizo del hipérbaton, del que el orador tan oíptuma y magistralmente ha salido airoso.

El autor del *Peri hypsous* acierta de pleno, a nuestro juicio, al sugerirnos que el gran orador de Peania utilizó el hipérbaton con frecuencia (nos dice que no cita ejemplos de esa figura porque son muy numerosos⁴²) para secuestrar y conquistar la voluntad del auditorio en el momento de la pronunciación, prendiéndole con el suspenso y la ansiedad y, de este modo, haciéndole procesar hasta el final las palabras emitidas de la manera que a su emisor (el propio Demóstenes) más le interesaba. La distorsión del hipérbaton es un anzuelo eficaz para lograr adeptos a las tesis defendidas por un orador que exponga con vehemencia sus tesis a la hora de la "pronunciación" de su discurso. Si nuestro orador emplea el hipérbaton es por esta razón, porque piensa de continuo en los efectos que puede lograr una buena "pronunciación" de su discurso.

De la obsesión de Demóstenes por la "pronunciación" o "realización teatral" (*ὑπόκρισις*) exacta y esmerada de sus discursos nos relata Plutarco una preciosa anécdota.

Un individuo se le acercó pidiéndole un discurso judicial de acusación contra alguien de quien había recibido malos tratos a base de golpes. Entonces el orador le dijo: "Pero tú realmente no has sufrido ninguno de esos daños que refieres", a lo que su interlocutor, indignado, levantando el tono y a voz en grito, replicó: "¡Que yo no he sufrido ningún daño, Demóstenes!". Y en ese momento, nuestro orador, al percibir la excitación con la que su futuro cliente profería estas palabras, convencido tan sólo entonces de la veracidad de su relato, exclamó satisfecho: "¡Ahora sí que estoy oyendo la voz de quien sufre un agravio y lo ha sentido en sus carnes!".

⁴¹ *Subl.* XXII, 4.

⁴² *Subl.* XXII, 4.

La anécdota es bonita por la moraleja que de ella trasciende, una conclusión o enseñanza que asimismo nos transmite fielmente Plutarco, acerca de la importancia que nuestro orador concedía, con vistas a la credibilidad de un hablante, al tono de su voz y a la ejecución de su acto de habla: "Hasta tal punto importantes para la credibilidad de los oradores consideraba el tono y la actuación de que se valían"⁴³.

Pues bien, en los discursos políticos demosténicos, uno de los rasgos más conspicuos es el de la gran variación tonal en la "pronunciación" o *ὑπόκρισις*, la muy notable presencia de vertiginosos y sorprendivos cambios de tono (aseverativo, interrogativo, admirativo) que llaman constantemente la atención de quienes hoy día somos sus imaginarios oyentes, que a veces incluso nos vemos sorprendidos por la súbita aparición de una voz distinta con la que el orador, mediante la figura retórica denominada *hipófora*, finge la intromisión en el discurso de un personaje de cuya teatral intervención saca partido él mismo, como si de hecho se tratara sencilla y simplemente de uno de los muñecos de su particular guiñol que el manipulase desde detrás de la tramoya.

He aquí una manera de hacer dialógico –como lo es el lenguaje mismo– su discurso monológico y de lucirse así a la hora de realizar su teatral intervención a dos voces en el momento de la "pronunciación".

Veamos algunos ejemplos:

πόλλ' ἂν εἰπεῖν ἔχοιεν Ὀλύμπιοι νῦν. ἂ τὸτ' εἰ προείδοντο, οὐκ ἂν ἀπώλοντο· πόλλ' ἂν ὤρειται, πολλὰ Φωκεῖς, πολλὰ τῶν ἀπολωλῶτων ἕκαστοι. ἀλλὰ τί τουτων ὄφελος αὐτοῖς;

"muchas cosas podrían decir los olintios ahora, que si las hubieran previsto antes, no habrían perecido, muchas los oreitas, muchas los focidios, muchas todos y cada uno de los pueblos que han sucumbido. Pero ¿cuál de ellas les sirve de provecho?"⁴⁴.

Veamos otro ejemplo:

καὶ ἡμεῖς τοῖνυν, ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, ἕως ἐσμέν σῶοι, πόλιν μεγίστην ἔχοντες, ἀφορμὰς πλείστας, ἀξίωμα κάλλιστον, τί ποιῶμεν; πάλαι τις ἤδεως ἂν ἴσως ἐρωτήσας κάθηται.

"pues bien, asimismo nosotros, varones atenienses, mientras estamos a salvo y contamos con una importantísima ciudad, con numerosísimos recursos, con una hermosísima reputación, ¿qué debemos hacer?. Quizá

⁴³ Plu. *Dem.* XI, 3 οὗτος ὄτεο μέγα πρὸς πίστιν εἶναι τῶν τόνου καὶ τῆν ὑπόκρισιν τῶν λεγόντων.

⁴⁴ D. IX, 68.

esté sentado alguien aquí que hace tiempo me hubiera preguntado eso gustosamente"⁴⁵.

En estos repentinos e inesperados cambios de tono, giros impredecibles que inevitablemente mantuvieron en vilo la atención del auditorio como hoy mantienen la nuestra cuando leemos los discursos del incomparable orador de Peania, en esta irrupción imprevisible de interrogaciones pasionales en el texto, radica la habilidosa fuerza tremenda (la *δεινότης*), del estilo de Demóstenes.

Veamos un bonito ejemplo:

En el *Olintiaco tercero* Demóstenes afirma que con lo ya realizado no hay nada que hacer, pero que el pasado debe servir de ejemplo para, con vistas al futuro, evitar incurrir en los mismos errores. Y, de repente, sin prevenirnos en absoluto, de golpe y porrazo, baja del terreno teórico de las consideraciones generales a la real y práctica actuación política inmediata, sacudiendo, a modo de latigazo, la conciencia de sus oyentes de antaño y de sus lectores del presente con una pregunta concreta que es una pregunta retórica, es decir, una pregunta que sirve más para modificar la actitud de quien la escucha que para obtener de él (de su oyente ateniense o de su moderno lector) una inmediata respuesta:

Τὰ μὲν δὴ τότε πραχθέντ' οὐκ ἂν ἄλλως ἔχοι· νῦν δ' ἐτέρου πολέμου καιρὸς ἤκει τις, δι' ὃν καὶ περὶ τούτων ἐμνήσθημ, ἵνα μὴ ταῦτά πάθητε. τί δὴ χρησόμεθ', ὧ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, τούτω;

"lo ya entonces realizado no podría ser de otro modo; pero ahora acaba de presentarse la ocasión de otra guerra, por lo que precisamente he hecho mención de esos asuntos, para que no os pase lo mismo. ¿Qué uso, pues, vamos a hacer de ella, varones atenienses?"⁴⁶.

Otro ejemplo: en un pasaje del discurso *Sobre la corona*, Demóstenes se defiende, con argumentos hábiles y especiosos, de una maliciosa interpretación de su actuación política que andaba propalando a la sazón Esquines.

Según ésta, por haberse apresurado a deliberar en torno a la paz, Demóstenes no había esperado el regreso de los embajadores atenienses enviados a las diferentes ciudades de la Hélade con el ruego de enviar representantes a Atenas para allí deliberar en común acerca de la conclusión de un tratado de paz con Filipo, con lo que no se había llevado a efecto una deseada reunión de todos los griegos que hubiera obligado al monarca

⁴⁵ D. IX, 70.

⁴⁶ D. III, 6.

macedonio a habérselas no meramente con la Asamblea de Atenas, sino con todo un congreso panhelénico.

Muy inteligentemente, aunque no mediante un razonamiento concluyente ni en puridad lógico, nuestro orador enfrenta al juicio de Esquines la madurez y capacidad del pueblo ateniense que sabe defenderse a sí mismo en cada situación nueva con coherencia y sentido de la realidad:

ἀλλ' οὐκ ἔστι ταῦτα, οὐκ ἔστι· τί γάρ καὶ βουλόμενοι μετεπέμπεσθ' ἄν αὐτοὺς ἐν τούτῳ τῷ καιρῷ; ἐπὶ τὴν εἰρήνην; ἀλλ' ὑπῆρχεν ἅπανσιν. ἀλλ' ἐπὶ τὸν πόλεμον; ἀλλ' αὐτοὶ περὶ εἰρήνης ἐβουλεύεσθε.

"pero ello no es así, no lo es; pues ¿con qué propósito habríais enviado embajadas para convocar a los griegos en aquella ocasión? ¿Para la paz? Pero si todos gozaban de ella. Pues, ¿para la guerra? Pero si vosotros mismos estabais deliberando sobre la paz"⁴⁷.

El orador, alternando preguntas y respuestas, interrogaciones y aseveraciones, va desmontando el argumento de su adversario, demostrando así la incongruencia de su acusación.

Y de paso se luce al convertir, mediante su "pronunciación", en dialogado (como lo es el lenguaje mismo) un discurso en principio monológico, al conferirle de este modo un aura de credibilidad, naturalidad y espontaneidad, y al dotarle al mismo tiempo de una dramatización y una teatralidad en la que el juego estético de la recurrencia y la variación tiene, como en la *Ixísis* de la tragedia, su connatural asiento.

Los cambios de tono, de ritmo, de construcción sintáctica y de modalidad expresiva, el intercambio de sinónimos, de dobles morfológicos y de personas verbales, el raudito trasvase del pensamiento general al particular, el entremezclamiento de fórmulas de apóstrofe con preguntas y respuestas, son rasgos típicos del estilo de Demóstenes –un auténtico Proteo, como lo califica Dionisio de Halicarnaso⁴⁸–, pero muy en especial lo es la conversión de lo que podía ser un aserto en una pregunta retórica, que aparece de este modo cargada de vigor y de empaque, pues –como muy bien expuso el autor del *Sobre lo sublime*– mediante preguntas lo dicho gana en intensidad y se vuelve más activo, eficaz e impresionante (*ἐμπρακτότερα καὶ σοβαρώτερα*)⁴⁹.

⁴⁷ D. XVIII, 24.

⁴⁸ D.H. Dem. VIII, 2. οὐδέναι διαλλάττουσαν (sc. λέξι) του μεμυθευμένου παρά τους αρχαίους ποιηταίς Προτέως, ὅς ἅπανσιν ἴδεν μορφῆς ἀμογήτῃ μετελαμβάνει, "un estilo en nada diferente del Proteo descrito con la envoltura del mito en los versos de los antiguos poetas, que cambiaba sucesivamente las formas de su figura sin ningún esfuerzo".

⁴⁹ *Subl.* XVIII.

En un reducido espacio de unas pocas líneas de un discurso político demóstenico asistimos al insólito espectáculo de una sorprendente frecuencia y celeridad de cambios tonales:

En efecto, con increíble vertiginosidad se cambia en él de entonación pasando de aseveraciones a preguntas, para a continuación abandonar las interrogaciones y dar entrada a las intervenciones de anónimos personajes retóricos fingidos que cuestionan y lanzan exclamaciones con su voz propia desde la boca del orador mismo convertido en ventrílocuo, para luego, tras recalar brevemente en el tono originario, más calmado, más expositivo y menos dramático y emocional, pasar de nuevo súbitamente a la interrogación y la vehemente intervención de un simulado interlocutor y, seguidamente, desembocar en un caudaloso y tranquilo símil (hasta, por fin, rematar la impresionante faena oratoria de "pronunciación" con una nueva interrogación en hipófora . Todo ello en muy pocas líneas. Veámoslo:

καὶ μὴν ἐκεῖνο γ' αἰσχρὸν, ὕστερον ποτ' εἰπεῖν, τίς γάρ ἂν φήθη ταῦτα γενέσθαι; ἢ τὸν Δί', ἔδει γάρ τὸ καὶ τὸ ποιῆσαι καὶ τὸ μὴ ποιῆσαι. πόλλ' ἂν εἰπεῖν ἔχοιεν Ὀλύμπιοι νῦν, ἂ τὸτ' εἰ προείδοντο, οὐκ ἂν ἀπώλοντο· πόλλ' ἂν ὤρεϊται, πολλὰ Φωκεῖς, πολλὰ τῶν ἀπολωλότων ἕκαστοι. ἀλλὰ τί τούτων ὄφελος αὐτοῖς; ἕως ἂν σφῆζται τὸ σκάφο ἂν τε μείζον ἂν τ' ἔλαττον ἦ, τότε χρῆ καὶ ναύτην καὶ κυβερνήτην καὶ πάντ' ἄνδρ' ἐξῆς προθύμους εἶναι, καὶ ὅπως μῆθ' ἐκὼν μῆτ' ἄκων μηδεὶς ἀνατρέψει, τοῦτο σκοπεῖσθαι ἐπειδὴν δ' ἡ θάλαττα ὑπέροσχη, μάταιος ἡ σπουδὴ καὶ ἡμεῖς τοίνυν ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, ἕως ἔσμεν σῶοι, πόλιν μεγίστην ἔχοντες, ἀφορμὰς πλείεστας, ἀξίωμα κάλλιστον, τί ποιῶμεν; πάλαι τίς ἠδέως ἂν ἰσως ἐρωτήσας κάθηται.

"y de cierto también es una buena vergüenza llegar a decir una vez que todo haya pasado: "¿Quién hubiera imaginado que ocurriría esto? ¿Por Zeus, hubiéramos debido hacer esto y aquello y no haber hecho eso otro". Muchas cosas podrían decir los olintios ahora, que si las hubieran previsto antes, no habrían perecido, muchas los oreitas, muchas los focidios, muchas todos y cada uno de los pueblos que han sucumbido. Pero ¿cuál de ellas les sirve de provecho?. Mientras la nave está a salvo, sea más grande o más pequeña, es cuando es menester que el marinero, el piloto y todo el mundo por su orden se muestren diligentes y tengan cuidado de que nadie, ni voluntaria ni involuntariamente, la haga zozobrar, pero una vez que el mar la rebasa, vano resulta el celo. Así nosotros también, varones atenienses, mientras estamos a salvo y contamos con una importantísima ciudad, con numerosísimos recursos, una hermosísima reputación, "¿qué debemos hacer?". Quizá esté sentado alguien aquí que hace tiempo me hubiera preguntado eso gustosamente"⁵⁰?

⁵⁰ D. IX, 67-70.

Las interrogaciones e hipóforas, como vemos, alternan con el tono normal del orador propiamente dicho, son como el contrapunto o la melodía añadida como acompañamiento a la pronunciación del tema general del discurso.

Al estilo de Demóstenes, que, como decimos, atiende sobremanera a la "pronunciación", una figura como la hipófora le resulta extraordinariamente grata y apetecible.

En efecto, esta figura, como su propio nombre indica, consiste en la presentación de una objeción que a sí mismo se plantea el orador –aunque simulando que es la objeción formulada por un audaz interlocutor innominado y fingido por el propio orador– para rebatirla de inmediato y con extremada facilidad.

La hipófora, que es figura que causa un efecto impresionantemente eficaz sobre el oyente, brinda, al mismo tiempo, a un orador la posibilidad de lucirse, en el acto de la "pronunciación" de su discurso, a base de jugar con dos voces, aquella con la que plantea la supuesta objeción de su adversario y esa otra con la que le replica contundentemente. El orador realiza así, con el artificio de la figura, la milagrosa y espléndida conversión del discurso retórico monológico en discurso "dialógico" a dos voces, en discurso connatural al lenguaje mismo, que es, también él, sobre todo y por encima de todo, "dialógico".

Por ejemplo, en el *Olintiaco tercero* nuestro orador hace intervenir en su discurso a un supuesto interlocutor salido de entre sus oyentes que le plantea una objeción a la que, naturalmente, replica, refutándola categórica y concluyentemente. Veámoslo:

εἰ δέ τις ἡμῖν ἔχει καὶ τὰ θεωρικὰ εἶναι καὶ πόρους ἑτέρους λέγειν στρατιωτικούς, οὐ οὗτος κρείττων· εἶποι τις ἄν. φῆμ' ἔγωγε, εἶπερ ἔστιν. ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι· ἀλλὰ θαυμάζω εἰ τῷ ποτ' ἀνθρώπων ἢ γέγονεν ἢ γενήσεται, ἂν τὰ παρόντ' ἀναλώσῃ πρὸς ἃ μὴ δεῖ.

"Pero si alguien puede dejarnos los fondos destinados a los espectáculos e indicarnos otros ingresos para los gastos del ejército, ¿no es ese tal preferible?", podría alguien decir. Yo, por mi parte, contesto afirmativamente, si el proyecto es posible, varones atenienses. Pero me extraña que a algún ser humano le haya sido o llegue a ser posible alguna vez gastar sus recursos contantes y sonantes en lo que no necesita y disponer abundantemente de los que se le han esfumado para lo que necesita"⁵¹.

La hipófora es, efectivamente, una figura llena de viveza y expresividad que confiere al pasaje del discurso en que aparece un alto grado de agilidad

⁵¹ D. III, 19.

dramática y de impresión de espontaneidad y naturalidad, pues reproduce la inalienable, consustancial e invariable naturaleza "dialógica" del lenguaje".

Demóstenes la emplea con la singular maestría de quien está dispuesto a lucirse en la "pronunciación" de su discurso a base de alternar su voz propia respondiendo a las objeciones con la de un objetor supuesto que interviene en el discurso para mayor vistosidad de la elocuencia del orador.

Esta encrucijada de voces, esta polifonía, este dialogismo, no se entiende sino es en la perspectiva de la "pronunciación" de un discurso.

Y lo mismo podríamos decir de ciertos casos de hipérbaton y paréntesis que sólo la habilidad de un orador experto en pronunciación como Demóstenes podría resolver y ejecutar satisfactoriamente en el momento de la "pronunciación".

En efecto, un caso de hipérbaton o de paréntesis largo es por sí mismo toda una acrobacia oratoria. Sólo cuando, sopesando los pros y los contras, se llega a la conclusión de que con estos procedimientos se gana mucho en fuerza retórica, en acción persuasiva, a cambio de un esfuerzo no excesivo en la "pronunciación", puede un orador prudente y avezado en su arte arriesgarse a adoptarlos como recursos en el momento de la dicción. Pero cualquier orador sensato que desconfíe de sus propias fuerzas de representación a la hora de pronunciar el discurso, los evita. Y muy bien hace en abstenerse de ellos.

Ahora bien, el orador cuyos discursos están más repletos de casos de hipérbaton es, según el autor del *De Sublimitate*, Demóstenes, que los aprovecha –continúa– para denotar y a la vez connotar⁵². Hagamos caso a ese inteligente y sensible crítico literario, excelente rétor y experto conocedor de la Poética que era el autor de ese tratado sobre la "sublimidad", el maestro Dionisio Longino.

He aquí un ejemplo de hipérbaton fuerte que en la "pronunciación" debe resolverse con una esmerada ejecución fónica que marque la vinculación estrecha de dos palabras que debieran estar en contacto inmediato pero que por causa del hipérbaton se pronuncian bien alejadas la una de la otra:

ἐγὼ καὶ τοῦτο φράσω καὶ δεῖξω, ἐπειδάν, διότι τηλικαύτην ἀποχρῆν σίμαι τὴν δύναμιν καὶ πολίτας τοὺς στρατευομένους εἶναι κελεύω, διδάξω.

"yo os aclararé y os mostraré también eso, una vez os haya explicado por qué creo que es suficiente tamaño fuerza y por qué mando que sean ciudadanos los que en ella sirvan"⁵³.

⁵² *Subl.* XXII.

⁵³ D. IV, 22.

Parece claro que en estos casos de hipérbaton agudo en los que se separan a muy largo trecho dos palabras que debieran ir juntas, sería menester emplear una cuidadosísima y muy esmerada "pronunciación" para marcar el considerable corte que, en virtud del empleo de esa precisa figura, se produce.

Otra figura también sumamente difícil de realizar con éxito en la "pronunciación" de un discurso es el paréntesis, figura de la que trata Quintiliano⁵⁴ y que viene a ser una especie de hipérbaton.

Pues bien, entre el hipérbaton y el paréntesis hay que colocar una figura retórica llamada *παρεμβολή*, de la que Demóstenes se sirve con relativa frecuencia y que exige, sin duda, a la hora de la "pronunciación", realizar un quiebro tonal para manifestar su presencia. Por ejemplo:

καὶ δυοῖν ἔνεχ' ἡγοῦμαι συμφέρειν εἰρῆσθαι. τοῦ τ' ἐκείνων, ὅπερ καὶ ἀληθές ὑπάρχει, φαῦλον φαίνεσθαι, καὶ τοὺς ὑπερεκπεπληγμένους ὡς ἀμαχόν τινα τὸν Φίλιππον ἰδεῖν ὅτι πάντα διεξελέλυθεν οἷς πρότερον παρακρουόμενος μέγας ἠύξῃθη, καὶ πρὸς αὐτὴν ἦκει τὴν τελευταίην τὰ πράγματ' αὐτῶ.

"y por dos razones estimo conveniente que tal exposición de sus actos quede hecha: para que aquél aparezca ante vuestros ojos como despreciable –cosa que precisamente resulta ser, además, cierta– y para que quienes están aterrorizados pensando que Filipo es alguien incombustible, vean que ya ha recorrido a base de engaños toda la carrera merced a la cual antes de ahora se hizo poderoso y que ya su política ha llegado a su propio fin"⁵⁵.

Estos cortos paréntesis, si el orador los sabe manejar, son una excelente estrategia oratoria: dan pie al orador para variar el tono de su alocución, aguzan la receptividad del oyente, que se dispone a escuchar con interés lo que sigue a estas intercalaciones y entreveramientos que, por subrayar lo afirmado, parecen prometer un tema merecedor de atención, y, por último, economizan frases principales añadidas o coordinadas, lo que presta gracilidad y una cierta impresión de espontaneidad y naturalidad al estilo. Los paréntesis subrayan con trazo grueso la voluntad del orador y ponen los hechos delante de los ojos del oyente, al que exhortan a ver las cosas de una determinada manera, de la precisa manera que interesa al que se las expone.

Pero estas estrategias parentéticas son difíciles de manejar, pues exigen un buen dominio de la "pronunciación".

Veamos los siguientes ejemplos:

⁵⁴ Quint. IX, III, 23.

⁵⁵ D. II, 5.

τοὺς δὲ Θηβαίους ἡγεῖτο, ὅπερ συνέβη, ἀντὶ τῶν ἑαυτοῖς γιγνομένων τὰ λοιπὰ εἰάσειν ὅπως βούλεται πράττειν ἑαυτὸν, καὶ οὐχ ὅπως ἀντιπράξειν καὶ διακωλύσειν, ἀλλὰ καὶ συστρατεύσειν, ἂν αὐτοὺς κελεύῃ. "en cambio, en cuanto a los tebanos, estimaba –cosa que precisamente sucedió– que a cambio de los beneficios que les fueran sobreniñiciado, le permitirían que en lo demás obrara como quisiera, y no sólo no se le enfrentarían ni le pondrían impedimentos, sino que hasta compartirían campañas con él, si así se lo mandaba"⁵⁶.

ἐκ πάντων δ'· ἂν τις ὁρθῶς θεωρῇ, πάνθ' ἃ πραγματεύεται κατὰ τῆς πόλεως συντάττω.

"y, a juzgar por todo –si se observa correctamente– es claro que está coordinando la totalidad de su gestión política contra nuestra ciudad"⁵⁷.

Y lo mismo –todavía con más razón– podríamos decir de los paréntesis más o menos largos: dan motivo de lucimiento al orador, pero son muy peligrosos si éste no es un verdadero maestro de la elocución en el momento de la pronunciación del discurso.

Son muy numerosos los paréntesis de los que se vale nuestro orador en sus discursos y de algunos de ellos nos preguntamos con extrañeza cómo consiguió hacerlos inteligibles.

Ahora bien, si nuestro orador, mediante una esmeradísima dicción en la "pronunciación" de sus discursos, lo conseguía, es evidente que su fama no fue inmerecida, pues esta figura o estrategia retórica que comprende la maniobra llamada *ὑποστροφή*, consistente en interrumpir el pensamiento inicial para introducir un paréntesis de extensión más o menos apreciable (*ἐπεμβολή*, "inserción de un paréntesis") y luego requiere la habilidad de acertar a retomar la idea que al principio se dejó en suspenso, es francamente difícil y hasta, podríamos decir, la piedra de toque del verdadero orador.

No nos cabe, pues, duda alguna: lo mejor del estilo de Demóstenes es la "pronunciación" de sus discursos, unos discursos pensados y meditados para lograr la persuasión de la audiencia y el éxito del propio orador y para suscitar la admiración y el general aplauso de los oyentes que se quedaban sorprendidos y suspensos al presenciar esa precisa fase final de la realización del discurso retórico que es la "pronunciación".

Ése es el núcleo de verdad que subyace a la anécdota que cuenta Cicerón en el *De oratore*, contándonos que en una ocasión en que los rodios se quedaron admirados y embelesados tras la lectura que les hizo Esquines del discurso *Sobre la corona* de su rival Demóstenes, ese orador, que fuera tan acérrimo enemigo del nuestro y a la sazón era maestro de

⁵⁶ D. VI, 9.

⁵⁷ D. VI, 16.

retórica en Rodas, recordando la brillantez con la que su elocuente adversario "pronunció" esa famosísima pieza oratoria, el discurso *Sobre la corona en defensa de Ctesifonte*, probablemente la joya más valiosa de la Oratoria de todos los tiempos, les dijo: "Más os admiraríais, si se lo hubierais escuchado pronunciar a él en persona"⁵⁸.

⁵⁸ Cic. *De orat.* III, 56 *magis miraremini, si audissetis ipsum*. Cf., asimismo, Plin. *Epist.* II, 3, 10, y Quint. XI, 3, 7.